

Belleza y felicidad

Sobre momentos expresivos¹ de la ciencia actual.

Por Juan Gugger

30.10.2011

Hace unos días, esta misma semana, nos encontrábamos algunos amigos y yo en *Estudio Alfaralfa* haciendo tiempo mientras esperábamos que llegaran otros para comenzar con nuestra reunión quincenal de lectura del libro “*Teoría Estética*” de Theodoro Adorno. Mientras intercambiábamos informaciones de todo tipo respecto de las cosas que nos habían sucedido durante la semana precedente, surgió el tema de los presuntos neutrinos superlumínicos que se habrían observado en estos meses, durante el experimento “*OPERA*”, realizado por la *Organización Europea para la Investigación Nuclear* (CERN). Al parecer se dispararon unos neutrinos que recorrieron una distancia de 730 km desde Ginebra hasta un laboratorio subterráneo en Gran Sasso, Italia. Se dice que tal vez habrían superado la velocidad de la luz. La información fue un *boom* internacional por sus enormes implicancias. Si esto fuera cierto, revolucionaría la ciencia actual: debería modificarse el modelo estándar de la física de partículas y nuestra comprensión del universo daría un vuelco. El éxito editorial de quienes decidieron publicar esta noticia fue evidente. Algo similar ocurrió el año pasado (si ustedes recuerdan) cuando el “*Gran Colisionador de Hadrones*”, también desarrollado por el CERN, recreó un “*mini Big Bang*” provocado por el choque de iones. La noticia fue de revuelo mundial.

Unos momentos después, ya olvidados estos chusmeríos, nos introducíamos en la lectura de la “*Teoría estética*”, y debatíamos respecto de cómo para Adorno la construcción de obras de arte muy racionales, de algún modo denunciaba la fetichización de los medios como si fueran fines que se observa en la racionalidad instrumental que moviliza las sociedades actuales: que las obras muy racionales siguen sin tener finalidad racional, y desde fuera, desde la mirada del observador que no se hunde en la experiencia estética (Es decir, desde el mundo de los fines prácticos de quien fuertemente adscribe al principio de realidad necesario en la praxis cotidiana) la obra de arte se vé tanto más estúpida cuanto más racionalmente se construye, pero su ilusión aurática es tanto más poderosamente seductora para quien se deja llevar por esta racionalidad escindida.

En su “*Teoría estética*” Adorno le adjudica al arte ciertas cualidades muy favorables para que el teórico crítico extraiga momentos de verdad acerca de procesos humanos, inscriptos en la expresión sintomática transubjetiva de las obras de arte. Él parece ver en el arte las condiciones más óptimas para este tipo de lectura, por sobre cualquier otro producto cultural.

Ahora bien, si atendemos al funcionamiento de la ciencia como producto de intercambio en nuestro modelo socioeconómico, y nos centramos por ejemplo en los experimentos del CERN, cuyos financiamientos provienen de 20 países europeos, y superan los PIB de muchos países del mundo, tal vez podamos hacer lecturas del tipo que algunos teóricos críticos han hecho de las obras de arte. Centenas de ingenieros gastando 170 mil millones de euros en la construcción de un tubo de 27 km para fotografiar y tomar datos de partículas elementales viajando a gran velocidad. Existe una promesa de utilidad en potencia inclusive para el desarrollo económico y tecnológico, pero además, un valor de distinción para quienes financian experimentos

¹ En el sentido Adorniano.

inútiles en lo inmediato, e inclusive para los legos o inexpertos que se aproximan a la “*belleza de la ciencia*” y al conocimiento de enmarañadas, espectaculares y auráticas teorías indirectas que se derivan de otras teorías indirectas. Parecen racionalidad de la artística: nada con asidero en la empiria cotidiana.

Nos concentremos además en las modalidades de divulgación popular, como por ejemplo el acercamiento de la ciencia al pueblo arbitrado el mes pasado en el evento “*Amazings Bilbao 2011*”. Incluso el espacio y el momento en el que se realiza es sugerente: Se trata de la ultraestética zona de *Abandoibarra*, más precisamente en el nuevo paraninfo de la flamante *Nueva Biblioteca de la Universidad de Deusto* (diseñada por Rafael Moneo), y rodeada por fabulosos derroches planificados en diseño urbano, como por ejemplo la *Torre Iberdrola* del arquitecto argentino Cesar Pelli, la muy reciente *Plaza Euskadi* (que luce unas preciosas luminarias) diseñada por la paisajista hispanoargentina Diana Balmori, o el Museo Guggenheim del diseñador Frank Gehry. Quiero decir: la región está repleta de esculturas y construcciones de diferenciación elitista realizadas por estrellas del arte y el diseño mundial, como las de Daniel Buren, Anish Kapoor, Richard Serra o Jeff Koons.

Entonces, ¿Le cabe esta exclusividad -en tanto que objeto de análisis privilegiado- al arte? ¿En verdad nos servirá mejor para analizar expresiones transubjetivas de procesos históricos y sociales la forma en que está compuesta una canción actual que la manera en que se le da forma (cuasi artísticamente) a una de las tantas teorías de cuerdas (todas ellas por el momento inútiles, irrefutables y a la vez indemostrables)? ¿Se pueden extraer menos momentos de verdad acerca de las sociedades humanas del análisis de los mecanismos institucionales en “*Amazings Bilbao 2011*” que de la crítica de los mecanismos en la exhibición “*La materia del tiempo*”, del artista Richard Serra, a una cuadra del lugar? Pensando por ejemplo en las variadas teorías de cuerdas y supercuerdas, que no sirven para hacer predicciones, no son demostrables experimentalmente, y además tampoco falseables: tanta racionalidad, inteligencia, conocimiento experto, dinero y recursos humanos invertidos en los medios técnicos, bajo el discurso de una esperanza en utilidades que aparecerán luego, o bajo aquel del “*conocimiento por el conocimiento mismo*” ¿no es en si mismo un modo de denuncia de la fetichización de los medios como fines que se le atribuye al arte?

Texto publicado en **Espacio Critico**, Trece Radio, Octubre del 2011
http://casa13radio.blogspot.com/p/espacio-critico_25.html